

CultuRe6ndo con la HistoRi6



El esperado
libro de
6
Cultureando

Anécdot6s, person6jes y otras verd6des
que no entraban en el ex6men



Cultureando con la Historia

Anécdotes, personajes y otras verdades
que no entraban en el examen

S | Cultureando

UN VIAJE IRREVERENTE Y PROFUNDAMENTE HUMANO QUE DESMONTA MITOS, PONE EN CONTEXTO A HÉROES Y VILLANOS, Y DEVUELVE SU VOZ A ALGUNOS PERSONAJES OLVIDADOS POR LA HISTORIA.

¿Sabías que **Miguel Ángel** pudo haber escondido el primer meme de la historia en sus frescos? ¿Qué **María Antonieta** jamás pronunció aquello de «que coman pasteles» y que la frase formó parte de una campaña para desacreditarla? ¿O que **Lucy**, una hembra prehistórica, cambió el rumbo de la humanidad simplemente al atreverse a caminar erguida?

Quizá también te sorprenda descubrir que **Alan Turing**, uno de los genios que ayudó a derrotar al nazismo, fue perseguido por su orientación sexual; o que **Juana I de Castilla** tal vez no estaba loca, sino atrapada entre intereses políticos que necesitaban convertirla en leyenda.

La historia no es una sucesión de fechas ni un desfile de estatuas solemnes. Es ambición, deseo, miedo, amor y poder. En *Cultureando con la historia*, el pasado se transforma en un espejo incómodo donde los mitos se derrumban y las voces olvidadas vuelven a hablar. Con capítulos ágiles, críticos y cargados de ironía, **el libro viaja desde los orígenes de la humanidad hasta las figuras clave del último siglo para ponerlo todo en duda: ¿de verdad ocurrió como nos lo contaron?**

Un recorrido irreverente y provocador que desmonta relatos oficiales y devuelve el foco a lo más humano. Porque entender lo que fuimos quizá sea la única manera de comprender quiénes somos.

INTRODUCCIÓN: ¿POR QUÉ HAY QUE SEGUIR ESTUDIANDO EL PASADO?

«Si tuviese que elegir solo un aspecto de todo lo que me fascina de estudiar el pasado, sería lo poco que hemos cambiado los humanos, a pesar de llevar más de doscientos mil años dando ruido. Mucha casa domótica, mucha nanotecnología, mucho avance en física cuántica, pero nos sigue hipnotizando el fuego de una chimenea y seguimos declarando guerras por los motivos más absurdos.

Es más, si afinamos la mirada, descubrimos que los grandes acontecimientos que nos han traído hasta aquí se cocinaron con algún que **otro ingrediente en común: pasión, engaño y ansias de poder**. Siempre. De manera casi obstinada. ¿No fue un lío de faldas lo que estuvo a punto de desmoronar el Caída del Imperio romano de Occidente cuatro siglos antes de su caída definitiva? ¿Y no fue una frase que nunca pronunció María Antonieta («que coman pasteles») la chispa que desató la furia de los rebeldes en la Revolución francesa? Dicen que quien no conoce su historia está condenado a repetirla, pero el verdadero problema radica en no ser consciente de lo que ha ocurrido, porque así es imposible llegar a conocerse a sí mismo. La identidad de un pueblo o de un individuo está delimitada por un contexto que solo la historia puede explicar. (...)

(...) Cuando me propusieron escribir este libro, sentí que no podía ser una simple recopilación de datos, nombres y fechas en orden cronológico. Yo quería demostrar que la historia no es ni una línea de tiempo con eventos consecutivos ni una acumulación de textos tediosos para memorizar. **La historia —cuando se cuenta de manera cercana y sin grandes aspavientos— es atractiva, vibrante y profundamente humana**. Está llena de anécdotas, decisiones absurdas y sincronicidades que cambiaron el destino de civilizaciones enteras. La habitan multitud de personajes que seguimos considerando referentes y que, sin embargo, tienen un lado demasiado oscuro; reinados que fracasaron por las razones más mundanas; revolucionarios que disimularon sus mayores miedos, y pueblos enteros que se vieron empujados al abismo por las malas decisiones de unos pocos.

Contar eso es una gran responsabilidad. **No podemos olvidar que, durante siglos, la historia la escribieron los vencedores, aquellos que conservaron el poder y supieron manipular la trama a su favor**. A los que no encajaban —los sujetos incómodos, los vencidos, los olvidados, los seres de frontera— los condenaron al ostracismo. Y este libro pretende romper con esa lógica. Quiere ser plataforma, un altavoz para esas voces disidentes que no suelen ocupar la primera línea. Quiere devolverle a la historia su pulso, su carne, su humor y su belleza, como hago en mi cuenta de Instagram cada día. Y no hay mayor homenaje que contarla de forma amena para los que quieren conocer de dónde venimos, comprender por dónde vamos y, quizá, intuir lo que vendrá.

Mi intención es hacerla crítica y humana. **Quitarle ese barniz rancio y solemne** con el que muchos la conocimos en el instituto, y **abrir el debate para que sea el lector quien le dé su propio significado** una vez tenga todas las piezas del relato.

Este libro no está escrito para especialistas. Está pensado para todo aquel que se haya preguntado alguna vez por qué somos como somos. Por qué repetimos errores. Por qué nos emocionan las mismas cosas desde hace miles de años. Y qué podemos aprender de todo ello.

Porque, al final, **la historia no es otra cosa que la vida contada desde muchos ayer**.

Y aquí empieza la nuestra». @Cultureando

Cultureando con la historia propone **una manera distinta de acercarse al pasado mezclando entretenimiento y reflexión, con tono irreverente y accesible**. El libro no pretende ofrecer una visión neutral ni académica en sentido estricto, sino una narración provocadora y cercana que despierte curiosidad y pensamiento crítico. Con **humor, ironía y un lenguaje contemporáneo**, logra conectar hechos históricos con debates actuales sobre género, poder, religión, identidad, violencia o sexualidad.

Una de las claves del relato es **humanizar a los personajes históricos**. Reyes, dictadores, artistas, revolucionarios o figuras religiosas aparecen aquí como **seres contradictorios, llenos de luces y sombras**. La historia deja de ser un relato épico de héroes perfectos para convertirse en una sucesión de decisiones humanas marcadas por el miedo, el deseo, el resentimiento o la ambición.



El libro también insiste constantemente en **la importancia de cuestionar los relatos oficiales**. Muchas figuras históricas fueron demonizadas o idealizadas según convenía a quienes escribían la historia. Mujeres como Juana I, Cleopatra o Artemisia Gentileschi fueron reducidas a estereotipos; personajes admirados como Gandhi o Churchill aparecen aquí sometidos a revisión crítica; y figuras olvidadas como Fátima al-Fihri o Giulia Tofana recuperan protagonismo.

Otro aspecto importante es **la relación entre pasado y presente**: muchos conflictos actuales — la desigualdad de género, el racismo, la manipulación mediática, la obsesión por la imagen o la intolerancia religiosa — tienen raíces históricas profundas. La historia no está muerta: sigue condicionando nuestra forma de pensar y actuar.

La historia como relato humano

El pasado está formado por personas reales, llenas de contradicciones, emociones y errores.

Revisión crítica de los mitos

Muchas figuras históricas aparecen reinterpretadas desde una perspectiva contemporánea.

Recuperación de voces silenciadas

La obra presta especial atención a mujeres, minorías y personajes tradicionalmente excluidos del relato histórico oficial.

Humor y divulgación

El tono cercano y provocador convierte la historia en una experiencia entretenida y accesible.

Conexión entre pasado y presente

Muchos debates actuales tienen raíces históricas profundas.

FÁTIMA AL-FIHRI: LA INFLUENCER SILENCIADA

Siempre creí que la primera universidad fue la que, en 1088, había fundado en Bolonia un jurista llamado Irnerio, pero los libros de historia me habían vuelto a engañar. Doscientos años antes, una mujer había creado en Marruecos el primer centro de educación superior del mundo, un lugar donde se formaron las mentes más brillantes de la época: filósofos, científicos y hasta un futuro papa. En Europa, mientras tanto, todavía estábamos debatiendo si bañarnos una vez al mes era demasiado revolucionario. Tardaron casi tres siglos en animarse a escribir sobre ella y, en la actualidad, sigue sin aparecer en la mayoría de los libros de texto. Como si haber impulsado el conocimiento durante más de mil años no fuera razón suficiente para ocupar un lugar eminente en la historia. No tengo la menor duda de que si hubiese vivido en el siglo XXI sería una de las influencers con más seguidores a nivel mundial y encima por las mejores razones.

Fátima al-Fihri fue una mujer del siglo IX que tuvo la mala suerte de perder a su padre y a su marido siendo muy joven. Sin embargo, no hay mal que por bien no venga, y le llegaron caídas del cielo dos herencias monumentales que la hicieron millonaria de la noche a la mañana. En cuanto apareció el dinero lo hicieron también los pretendientes y los expertos en finanzas. Todos con grandes planes para ayudarla a gastar su fortuna. Pero ella no se dejó embaucar. Nada de grandes palacios ni joyas caras. **Fátima tuvo una idea revolucionaria y decidió destinar la totalidad de su fortuna a crear la primera universidad del mundo: Universidad de Qarawiyyin.** La fundó en Fez y, para quien no lo sepa, **sigue activa casi mil doscientos años después.** Para ser una idea nacida del duelo y la rebeldía, no está nada mal.

Además de encargarse de la financiación de su proyecto, Fátima supervisó personalmente las obras, que duraron casi veinte años. Desde el principio quiso que se beneficiara de la institución la mayor cantidad de gente posible, así que comenzó por buscar el lugar más idóneo para su construcción con el fin de excavar lo menos posible, usar materiales de la zona y contratar a constructores de su ciudad. Para acallar las voces que la criticaban por ser mujer y tener su propia hoja de ruta, **su escuela comenzó enseñando el Corán y luego evolucionó para incorporar Gramática, Lógica, Astronomía, Matemáticas, Medicina, Música y Filosofía.** Averroes, Ibn Jaldún, Maimónides, León el Africano e incluso Silvestre II estuvieron vinculados al centro, donde absorbieron conocimientos que posteriormente exportarían a Europa Occidental. **Todo esto mucho antes de que Bolonia u Oxford existieran.**

¿Pero el acceso a esta universidad era gratuito? Por supuesto. La financiación de Fátima garantizaba la formación sin coste, una medida revolucionaria para una época en la que la enseñanza era un privilegio reservado para gente adinerada o religiosos. Ella siempre lo tuvo claro: **quería educación para todos, hombres, mujeres, musulmanes, judíos o cristianos.** También fue una de las primeras instituciones en graduar a sus estudiantes otorgándoles lo que hoy entenderíamos como títulos o diplomas, y su biblioteca es digna de mención y bien merece una visita: conserva más de cuatro mil manuscritos, incluyendo un Corán del siglo IX en escritura cúfica sobre piel de camello, y algunos de los primeros tratados médicos.

En una época en la que las mujeres no podían firmar documentos, no votaban y no aprendían historia fuera de los monasterios —algo tristemente familiar en muchos países musulmanes hoy en día—, Fátima destinó la mayor parte de su fortuna a una misión colectiva: producir conocimiento, enseñar y formar generaciones. Así que cuando nos hablen de los padres fundadores de las universidades europeas, conviene recordar que, siglos antes, una mujer en Fez ya estaba diseñando programas de estudio y reuniendo a los mayores sabios de su tiempo con cero intención de pasar a la historia. Pero lo hizo.

Que no aparezca en los manuales no significa que no escribiera una de sus páginas más brillantes. Y lo mejor: su legado sigue abierto. De lunes a viernes.

SEDUCCIÓN ANTES DEL TINDER

Mucho antes de que existieran los *likes* y las *stories*, los seres humanos ya habíamos inventado mil otras maneras para atraer y conquistar. Unas resultaron ingeniosas, otras sutiles y, la mayoría, absurdas. Pero cuando hablamos de seducir, la historia ha demostrado que el fin siempre ha justificado los medios. Todo sea por la causa.

Empecemos por los clásicos: los abanicos, por ejemplo. No servían solo para espantar el calor. Una mujer del siglo XVIII podía declarar una guerra, iniciar un romance o dar por terminada una historia de amor con un solo movimiento de muñeca.

Si se abanicaba rápido, estaba comprometida. Si lo hacía lentamente, tenía interés en ti. Si apoyaba el abanico en la mejilla derecha, era un sí; en la izquierda, un no. Si el abanico estaba a medio abrir, según el número de varillas, era la hora del encuentro secreto. Y si lo pasaba de una mano a otra, peligro: significaba que alguien los estaba vigilando y podrían descubrirlos. Me compadezco de quienes sufriesen dislexia como yo, porque sin quererlo podrían acabar cancelando la cita con el que les gusta y quedando a las seis de la mañana con el cura del pueblo.

También estaban los guantes. Quitárselo dedo por dedo, a lo Gilda, era como recitar un poema sensual en clave morse. Dejarlo caer «sin querer» era una excusa perfecta para iniciar una conversación o permitir un roce de manos. Lo más de lo más era que te lo regalaran, porque equivalía a un «me tienes a tus pies». Seamos sinceros: nos hemos vuelto muy puritanos con el paso del tiempo, sobre todo, si comparamos lo de ahora con las divertidísimas técnicas de seducción de la antigüedad.

En Roma, por ejemplo, el sudor de gladiador estaba considerado como un afrodisíaco. Las mujeres se pegaban codazos para ser las primeras en coleccionar la transpiración de estos héroes de la arena y la usaban como perfume. Pero no solo les interesaban los ganadores. También de los gladiadores caídos aprovechaban la sangre para untársela como si fuera bálsamo de pasión. Eau de toilette hierro y testosterona.

En la Edad Media, seguimos con los fluidos, pero esta vez de forma más sutil. Si alguien te ofrecía una infusión extraña, lo más probable es que buscara seducirte o envenenarte. La frontera era difusa y si la persona que te invitaba de verdad te gustaba, te la tenías que jugar. Los famosos «filtros de amor» incluían desde hierbas mágicas hasta ingredientes menos glamurosos, llamémoslos fluidos personales — orina, semen, sudor, saliva—. La intención era clara: enamorar. El método, sin evidencias científicas.

En Oriente fueron más elegantes que nosotros y para muestra el arte de la danza, una disciplina ancestralmente seductora.

Desde las bailarinas indias que interpretaban el deseo a través del gesto, hasta las danzas con serpientes en Egipto, pasando por la famosa danza de los siete velos, todo cuerpo en movimiento era una insinuación coreografiada. Como en Europa la mayoría no sabíamos bailar, nos inventamos los juegos de salón. El que más éxito tuvo fue «la gallinita ciega», la excusa perfecta para toquetearse delante de todo el mundo sin que nadie se ofendiera.

Otra forma brillante de seducción pasiva-agresiva fue el uso de perfumes con mensajes. Las mujeres chinas perfumaban las suelas de sus zapatos para que, al caminar, dejaran una estela irresistible. Un gesto delicado, invisible y completamente eficaz. En otras latitudes, los amantes escribían cartas perfumadas, muchas veces con tinta invisible, que solo se revelaba si se acercaba al fuego. Lo hacían sobre todo los



amantes para poder lanzarlas a la candela en caso de emergencia y que la parte acusadora no tuviese pruebas de la infidelidad.

En el Imperio otomano, las mujeres del harén desarrollaron un código amoroso con las cuentas de sus collares. Los colores y el orden no eran casuales: enviaban mensajes secretos a los eunucos o al sultán. Una especie de Tinder otomano sin pantallas, pero con más protocolo.

Y si hablamos de maquillaje, las damas renacentistas usaban belladona para dilatar sus pupilas. ¿Por qué? La ciencia ha demostrado que cuando vemos a la persona que nos gusta en directo, no por pantalla, nuestras pupilas se agrandan porque nos da un aspecto mucho más atractivo ante quienes nos miran. Si querían aumentar ese efecto, la belladona era la mejor opción. Lo que no sabían era que la ceguera era uno de los efectos secundarios si se pasaban de la dosis. Antes ciega que soltera.

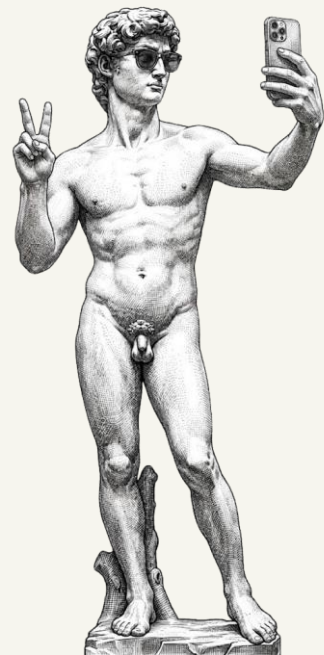
Al final, todo se reduce a lo mismo: encontrar la manera más ingeniosa de captar la atención del otro sin mostrar demasiada desesperación. Antes era un abanico o un guante; ahora, un emoji o un *match*. Cambian los siglos, cambian las herramientas, pero la mezcla de nervios, estrategia y un poco de teatro sigue intacta. Solo que ahora, por suerte o por desgracia, podemos hacerlo en pijama desde el sofá.

MIGUEL ÁNGEL, EL PRIMER MEME DE LA HISTORIA

Miguel Ángel siempre estuvo fuera de lugar. Su padre quería que fuese funcionario. El mundo lo consideraba escultor. El papa le exigía que fuese pintor. Y él, mientras tanto, solo quería que lo dejaran en paz en su taller.

Desde niño ya apuntaba maneras y a los veinticuatro años nos regalaba una de las esculturas más impresionantes de la historia del arte: La Piedad. Tan perfecto resultó el conjunto, tan equilibradas las líneas y tan reales los gestos de la Virgen y Jesucristo, que muchos no lo creyeron. No que fuera una obra maestra —eso era innegable—, sino que la hubiera hecho él. Un chico tan joven, extranjero y casi desconocido. Así que los rumores se multiplicaron: que si lo había copiado, que si le había ayudado otro maestro, que si la había traído un ángel y él solo había pasado un trapo...

Miguel Ángel, que de modesto tenía lo justo, decidió zanjar el asunto por la vía directa: una noche entró en la basílica y grabó su nombre en la cinta que cruza el pecho de la Virgen. La única obra que firmó en toda su vida. Lo dejó claro: la hizo él, y no hacía falta repetirlo. A partir de entonces, el mármol se convirtió en su patria y su método de respuesta.



Pero cuando parecía que había encontrado su sitio, el papa Julio II decidió fastidiarle los planes. Viendo su virtuosismo pegando martillazos, le encargó una tumba papal. El proyecto era tan ambicioso —con estatuas colosales, columnas, relieves— y de una escala tan ridículamente megalómana que nunca se llegó a terminar como se concibió. Pero mientras buscaba mármol en Carrara, el papa cambió de opinión. «Mira, lo he pensado mejor. Prefiero que pintes el techo de la Capilla Sixtina». Miguel Ángel respondió lo que cualquier escultor con dos dedos de frente: «No soy pintor». Y el papa, con toda su diplomacia vaticana, insistió. Bueno, más bien lo amenazó con excomulgarlo si no aceptaba.

Así que Miguel Ángel, escultor de vocación y pintor a la fuerza, se subió a los andamios y comenzó una de las tareas más incómodas y extenuantes que un artista ha aceptado jamás. Lo hizo a desgana; de hecho, destruyó un primer intento. Pero al descubrir que habían sido otros escultores los que le habían insistido al papa que fuera él quien lo hiciese para ridiculizarlo, acabó tomándose como un reto personal. Cuatro años se pasó pintando tumbado bocarriba, con pintura chorreándole por los ojos, cambiando de ayudantes como quien cambia de pincel, y en lucha permanente con la humedad, el polvo y su mal genio.

Y, sin embargo, lo que dejó en ese techo hizo historia. La creación de Adán, con esos dedos que casi se tocan; el Diluvio Universal; la Separación de la Luz y las Tinieblas, y hasta se atrevió a pintar por primera y última vez en la historia del arte el trasero de Dios (y en el lugar donde elegían al nuevo papa). Nadie se atrevió a decirle nada. Cosas de genios.

Años más tarde, otro papa —esta vez Pablo III— le pidió que pintase El Juicio Final en el altar de la misma capilla. Miguel Ángel, ya muy mayor y más libre que nunca, aceptó con una condición: hacerlo a su manera. A la Santa Sede casi le da un infarto cuando vio el resultado. Cientos de cuerpos desnudos, santos con músculos hasta en los párpados y un Cristo como un juez implacable con bíceps de Hércules. Una visión del apocalipsis que haría sudar a más de un teólogo.

Y entonces llegaron las críticas. Concretamente, las del cardenal Biagio da Cesena, que lo acusó de convertir el altar en una casa de baños públicos. Fue por toda Roma quejándose de que aquello no era arte, sino indecencia. Miguel Ángel, con toda la medida del que lleva medio siglo soportando papas, cardenales y mediocres, decidió vengarse del modo más sutil. Sabía que aquel cardenal no contaba con la sensibilidad suficiente para valorar la genialidad que tenía delante y pintó al cardenal con orejas de burro. Pero, además, como tenía noticia de sus escarceos por los prostíbulos de Roma, decidió pintarle una serpiente mordiendo las partes nobles e incluirlo en la parte del infierno. Biagio se reconoció al segundo y, como un niño de recreo, fue a llorarle al papa implorando que, por favor, exigiera al artista retirar aquella caricatura. El papa Paulo III le respondió encogiendo los hombros: «Os ha pintado en el infierno, y yo allí no mando».

Ese día, el cardenal Biagio da Cesena aprendió algo muy importante: nunca se debe criticar la obra de un genio mientras está en pleno proceso creativo. Podrías convertirte, sin pretenderlo, en el primer meme de la historia.

ELOGIO AL DESPISTE

En un mundo que premia constantemente la concentración, la eficiencia y el multitasking como si fueran las tres virtudes cardinales de la modernidad, las personas que somos algo despistadas parecemos un descarte evolutivo que ha llegado hasta aquí por pura suerte. Uno sabe que pertenece a este grupo cuando le felicitan el cumpleaños y responde «igualmente». O cuando decide patentar el uso de un calcetín distinto en cada pie ante la absoluta ineptitud a la hora de lograr que esas parejas mantuviesen una relación más o menos estable. Ser despistado es confiar ciegamente en los mecanismos del destino, y la historia demuestra que somos personajes imprescindibles en la trama de la humanidad.

Que se lo digan a Alexander Fleming, que en 1928 tenía tantas ganas de irse de vacaciones que ni se preocupó de recoger los instrumentos de su laboratorio. Entre ellos, una placa de cultivo bacteriano de estafilococos que dejó olvidada en un rincón. A su regreso, observó que, en su ausencia, la placa había sido contaminada por un hongo bastante raro. Las colonias de estafilococos situadas alrededor del hongo habían muerto, mientras que las que estaban más alejadas seguían en perfecto estado. Asombrado, Fleming tomó una muestra de ese moho y la colocó en un nuevo cultivo. Al analizar los resultados, descubrió que producía una sustancia capaz de aniquilar varias bacterias responsables de diferentes enfermedades. Comprobó que el hongo pertenecía a la familia *Penicillium* y lo bautizó como penicilina. Así, por un descuido vacacional, había creado el primer antibiótico de la historia, un descubrimiento que acabaría salvando miles de millones de vidas en todo el mundo.

Otro de los descubrimientos fruto del más puro azar ocurrió hace miles de años entre los pueblos nómadas de Oriente. En aquella época, los pastores tenían la costumbre de transportar la leche en odres fabricados con estómagos de animales. Uno de los componentes del estómago es el cuajo, una enzima natural que ayuda a que la leche coagule. Cuentan que un comerciante se despistó y tardó casi el doble de tiempo en llegar a su destino. Si a eso le sumamos los constantes vaivenes a los que el viaje a camello sometió a la leche durante horas, tenemos como resultado que la grasa de la leche se separó convirtiéndose en una sustancia espesa y dorada. Sin comerlo ni beberlo, había inventado la mantequilla.

Lo de Alfred Nobel merece un premio. Me lo imagino tan tranquilo experimentando con su querida nitroglicerina y, tras distraerse, mezclarla por accidente con un tipo de tierra absorbente llamada kieselguhr o tierra de diatomeas. En lugar de desechar la muestra, aprovechó para observarla y comprobó que la nitroglicerina se había vuelto más estable. Así nació la dinamita. Le daría fama mundial, una fortuna imposible de gastar durante generaciones y la necesidad de fundar unos galardones para limpiar su conciencia.

También a un despiste debemos la caída del Muro de Berlín en 1989. Aunque muchos pensemos que se debió a una revolución o a una estrategia militar brillante, en realidad fue mucho más surrealista. Resulta que la RDA había creado una nueva ley de viajes para intentar calmar los ánimos cada vez más crispados de la Alemania comunista. El encargado de hacer el comunicado fue el portavoz del Gobierno, Günter Schabowski, que ni había estado en los debates, ni se había leído el documento, y procedió a anunciar lo siguiente: «Los ciudadanos podrán cruzar la frontera y viajar sin importar destino ni motivo». Cuando le preguntaron sobre la fecha en la que se pondría en marcha la ley, Günter tuvo que improvisar. En realidad, se trataba de una medida de desescalada paulatina, pero él se lanzó a la piscina y afirmó: «Inmediatamente, creo». Sin pretenderlo, acababa de cambiar el rumbo de Europa. Apenas una hora después, medio Berlín se presentó con sartenes, tenedores, martillos y escaleras para destruir el muro. Los guardias no sabían qué hacer y no tuvieron más remedio que abrir las fronteras. El resto ya forma parte de la historia.

Otro despistado que merece un lugar destacado en la historia fue Henri Becquerel, que está obsesionado con los rayos X que un tal Röntgen había descubierto un año antes. Como buen científico parisino, quería demostrar que él también podía aportar algo revolucionario. Para eso, tenía una teoría. Estaba totalmente convencido de que ciertos minerales fosforescentes emitían rayos X cuando se los exponía al sol, y para demostrarlo colocó sales de uranio sobre unas placas fotográficas envueltas en papel negro y las puso al sol. El experimento funcionó, pero a Henri la euforia le duró poco.

Se sucedieron varios días nublados y no pudo continuar con sus demostraciones. Becquerel guardó sus sales de uranio junto con las placas fotográficas en un cajón de su despacho y se olvidó de ellas por completo hasta que un día, aburrido del mal tiempo, decidió revelar las placas por si acaso. Esperaba encontrarlas en blanco o con una imagen muy débil, ya que el sol ni las había rozado. Pero lo que vio le dejó sin aliento. Las placas estaban completamente veladas con imágenes de lo más nítidas y brillantes. En ese momento se dio cuenta de que no necesitaba luz solar. Eran las sales de uranio las que emitían energía de forma independiente. Emocionado, demostró que esta emisión era muy poderosa, puesto que atravesaba metales e ionizaba gases independientemente de la temperatura, la luz o cualquier otra condición externa. La noticia llegó a oídos de Marie y Pierre Curie y juntos descubrieron que otros elementos también la poseían. Los tres ganaron el Premio Nobel por descubrir la radioactividad. Sin su despiste, no tendríamos las gammagrafías —tan útiles— ni la energía nuclear —tan peligrosa—, ni conoceríamos el funcionamiento —tan fascinante— de las estrellas y el universo en general.



Pero ¿qué ocurre cuando se juntan tres despistados? Pues que se puede organizar la Primera Guerra Mundial, literalmente. Corre el mes de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando de Austria, heredero al trono del Imperio austrohúngaro, se encuentra de visita en Sarajevo y, aunque le informan de numerosos ataques y amenazas terroristas, hace oídos sordos y decide darse un paseo con su esposa para saludar a los ciudadanos desde un descapotable sin protección. Uno de los terroristas lanza una bomba, pero se ha enterado mal y alcanza al coche equivocado. Hay heridos, la gente huye despavorida, pero el archiduque sale ileso y prosigue con su agenda, como si allí no hubiese pasado nada. Tras el atentado fallido, el archiduque recapacita y decide visitar a los heridos en el hospital, pero al conductor no le informan adecuadamente del nuevo itinerario, y toma una calle equivocada. Entre tanto, Gavrilo Princip, otro de los conspiradores, está en una panadería de la zona comprando un bocadillo; al parecer, el intento fallido de la mañana le ha abierto el apetito. En ese momento, el coche del archiduque se detiene ante él, y Gavrilo, ni corto ni perezoso, aprovecha para sacar su pistola y disparar a corta distancia, matando al archiduque y a su esposa. ¿Y qué ocurrió a continuación? Pues que Austria-Hungría culpa a Serbia, comienza una escalada de alianzas y, en pocas semanas, media Europa entra en guerra. Cuatro años, millones de muertos y un conflicto que transformó para siempre el siglo XX. Y todo porque alguien se equivocó de coche, otro de calle y el último tenía hambre.

CONTENIDOS DEL LIBRO

CAPÍTULO 1:

INTRODUCCIÓN

I. CASILLA DE SALIDA

Lucy, la primera disidente
God is a woman
Dientes torcidos, cerebros brillantes
De dios de la caza a CEO del infierno
Aves nocturnas, el origen del insomnio.
Homo amans, el algoritmo más humano

II. MONSTRUOS

Hitler, por rencor al arte
Cincuenta sombras de Sade
Drácula fue mujer
Heliogábalo, la toga con *glitter*
Mao, el «poeta» que escribió con sangre
Giulia Tofana, muerte a cuentagotas
Stalin, el artista del genocidio

III. REINAS SIN CADENAS

Juana I, ¿loca de amor?
María Antonieta, *reality* sin cámaras
Cleopatra: faraona sin permiso
Cristina de Suecia, pienso, luego abdicó
María Estuardo, el arte de perder con estilo

IV. REBELDES CON CAUSA

Alan Turing, el héroe encriptado
Rosa Parks, sentarse para levantarlos
Trenzas de libertad
Y la muerte me dio dos alas blancas
Florence Nightingale: revolución desde una lámpara
Fátima al-Fihri: la *influencer* silenciada

V. LIKE A PRAYER

¿Existió Jesús realmente?
Sábana Santa, ¿troleo histórico?
Fe de erratas
Alá, el poder de lo invisible
Budismo, la eterna contradicción

VI. ORO PARECE

Gandhi, el ídolo de barro

Pablo Neruda, la sensibilidad selectiva
Frida, feminismo con asterisco
Madre Teresa, santa contradicción
Winston Churchill, el héroe con manchas
Color verde

VII. SISTER ACT

Sor Juana Inés, la resistencia del deseo
Santa Teresa, pasión, escándalo y *merchandising*
Hildegarda von Bingen, la monja multitarea
María Jesús de Ágreda, el Skype del siglo xvii
Monja Alférez, guía para disparar al género

VIII. DESPISTES, GUERRAS Y OTRAS ABSURDECES

Elogio al despiste
La guerra más corta de la historia
Batalla a pata suelta
Borrachera campal
USS Maine, un cuento chino en La Habana
Salto final

IX. FEMENINO SINGULAR

Pies de loto
Cuestión de peso
Historia de la histeria
Blancura mortal
Geishas, el arte del malentendido
Menstruación, el tabú rentable

X. ARTISTAS DE LA PISTA

Margaret Keane, retrato de un impostor
Caravaggio y los chicos malos del Barroco
Artemisia Gentileschi, óleo sobre herida
Marina Abramović, el cuerpo como lienzo
Miguel Ángel, el primer meme de la historia
Talento subterráneo

XI. INSTINTO BÁSICO

Radiografía del beso
Amores invisibles
Seducción antes de Tinder
Sexo en la Antigua Roma
Monogamia, capricho cultural

Sobre Cultureando

@Cultureando es una iniciativa cultural que nació de una sospecha peligrosa: que el pasado no era aburrido, sino víctima de un pésimo departamento de comunicación. El docente anónimo que está detrás del proyecto siempre sintió debilidad por los personajes históricos, pero nunca logró tratarlos con la solemnidad académica habitual: reyes, conspiradores o emperadores le parecían demasiado humanos como para observarlos sin arquear una ceja.

Con el tiempo entendió que el problema no era la historia, sino el envoltorio: serio, inaccesible y, en ocasiones, más árido que un mediodía de agosto. Así empezó a divulgar como quien comparte un secreto en una sobremesa: con rigor, pero también con ironía, contexto y sentido crítico.

Para esta mente inquieta, la historia no es una lista de fechas, sino un relato vibrante que explica quiénes somos... y por qué seguimos tropezando en las mismas piedras. El pasado no es una vitrina polvorienta y aprender puede ser un placer casi involuntario.

@cultureando

www.cultureandoworld.com



CULTURANDO CON LA HISTORIA

Cultureando

Lunweg, 2026

15 x 23 cm.

240 páginas

Rústica c/ solapas

PVP c/IVA: 19,90 €

A la venta desde el 17 de junio de 2026

Para más información a prensa y entrevistas:

Lola Escudero. Directora de Comunicación Lunweg

Tel: 619 212 722

lescudero@planeta.es